

DOLOR Y SUFRIMIENTO

Alejandra Montes Serna*

Aunque importantes reflexiones disciplinares han puesto el dolor y el sufrimiento como tema académico, es en la conversación con los amigos más íntimos, en el reflejo del espejo que produce nuestras sagradas soledades o, en la escucha de un llanto de otro ser humano, en donde identificamos estos sentimientos con un rostro único: el de nosotros mismos.

El dolor, la tristeza, el amor, son sentires que nos hacen partícipes de la esencia humana, en la medida en que sabemos y asentimos con el otro que sufre; pero a su vez, son estos sentires, lo que nos aleja del otro, pues es el dolor, pero también el amor, partes del tejido con el que se construyen las zanjas que nos profundizan en la eterna diferencia. Nunca un dolor o, una tristeza o, un amor, es sentido de la misma manera por más de un ser humano.

Amor, soledad, deseo, melancolía, placer, tristeza, alegría, dolor, entre otras, hacen parte del anaquel de palabras que se refieren a la dimensión del sufrimiento. Este rosario de palabras que manifiestan algún tipo de sentir, pareciera que no son otra cosa que la designación de los inefables desde los cuales los humanos nos asomamos a la vida.

Lo que sigue a continuación es la lectura que hago de tres perspectivas que se erigen para decir y actuar, específicamente, sobre el sentir del dolor y sobre la dimensión del sufrimiento. La lectura de las dos primeras miradas: la perspectiva médica y la perspectiva política tiene la intención de mostrar como y, muy a pesar, de que el dolor y el sufrimiento son dos de los grandes derrotados modernos, estos no han sido rendidos ni por la sofisticación de la tecnología, ni por los retos que se

impone la mirada científica. La tercera perspectiva, la filosófica, afirma que el dolor es un sentimiento, entre otros, que pertenecen a la dimensión del sufrimiento y, que es esta dimensión uno de los escenarios dispuestos para conversar sobre la experiencia que nos hace humanos. Para decirlo de otra forma, el sufrimiento es la materia fundamental con lo que está hecho el lenguaje que nos define con esencia humana.

Perspectiva médica

En el ejercicio de escribir sobre el dolor y el sufrimiento desde la perspectiva médica, revisé unos cuantos libros para médicos sobre ética médica, bioética o historia de la medicina. Muchos de ellos coincidieron en señalar el origen de la medicina en la gloriosa civilización griega, cultura cuyo imaginario principal que poseemos es el de una cultura de la excelencia y, a la cual se le atribuye no solamente los orígenes de la medicina o de la práctica médica sino también el origen de la gran mayoría de ciencias. La exaltación que se hace de la cultura griega como aquella que concentra la manifestación gloriosa de lo humano sin precedentes, garantiza a su vez, la nobleza de origen de las ciencias que supuestamente nacieron en esa cultura.

Pero si nos detenemos a revisar cuál es el origen de la ciencia médica que se practica en la actualidad, nos daremos cuenta que el origen de esta ciencia es moderno. Sus prácticas; el uso de sus saberes; la forma de usar los medios tecnológicos; las normas y reglas por medio de las cuales circula el saber y la práctica de esta ciencia, testifican que la ciencia moderna es tal, no porque se encuentre en una suerte de evolución y progreso, sino que es una ciencia moderna porque es una ciencia nueva y distinta de la ciencia médica tradicional practicada en lo que fuese denominado cultura occidental, por lo menos hasta la Edad Media.

* Filósofa, Universidad Javeriana. Miembro de la Fundación Carare. Conferencia dictada en el Hospital de San José, durante las jornadas sobre Medicina en el arte prehispánico Colombo-ecuatoriano. Septiembre de 2004.

Las transformaciones de esta ciencia que la hicieron nueva y distinta, tiene muchas maneras de ser contadas. Por ejemplo desde la irrupción de la tecnología; desde las exigencias que imponía la construcción de la ciudad burguesa con sus lógicas de inclusión y exclusión; desde las dinámicas de control que imponía la expansión del mercado etc., pero en este contexto, creo que es dable señalar ese nacimiento de la ciencia médica moderna desde la construcción del cuerpo moderno.

Ahora bien, el cuerpo moderno, se construye con el material que se construyó casi todo lo moderno: *con la mirada burguesa del mundo*. Hacer este tipo de aseveraciones no deja de tener sus grados de dificultad puesto que la relación inmediata que se hace al escuchar o leer este tipo de afirmaciones, puede erigir distancias de opinión inmediatas que no dejan, en la mayor parte de los casos, continuar el curso de la argumentación. Sin embargo, decir que el cuerpo moderno se construyó con la mirada burguesa del mundo es afirmar que la burguesía más allá de ser una clase social, es una perspectiva de mundo que contando hasta nuestros días, sigue siendo la hegemónica.

Esta perspectiva de mundo (la burguesa), nos legó un cuerpo que se ha moldeado a los embates y transformaciones de los medios de producción de la modernidad (de la industrialización al consumo); nos dejó un cuerpo que se adapta con una velocidad increíble a las pautas de mercado, tanto que él mismo es una mercancía, modelable, intercambiable y presa del vaivén de las estéticas contemporáneas.

Este cuerpo moderno que se preocupa por una apariencia corporal como si ésta fuera la apariencia moral y, que hace de la perfección hedonista el sentido de la existencia humana, se construyó con todo el legado burgués que se viene tejiendo subrepticamente desde hace unos buenos siglos. La medicina moderna tomó ese cuerpo como esbozo para todo el despliegue que esta ciencia hace a propósito de la noción de salud, limpieza, higiene y para el imaginario de perfección humana que desea encarnar el hombre contemporáneo a través de los avances de la tecnología.

Ahora bien, la ciencia de la medicina moderna, trabaja con este cuerpo que se preocupa fundamentalmente

por la belleza y la plástica. Por la primera, es decir por la concepción de belleza, se puede decir que está enraizada con la idea de salud y que ésta a su vez es entendida como ausencia de enfermedad y bienestar.

Esa idea de belleza también está relacionada con el orden, con la disciplina que implica limpieza, higiene, no solamente del cuerpo, sino de la casa, de la ciudad, en la búsqueda precisamente, de salud; tal vez por tal motivo las ciencias de la salud, nombre que llevará en nuestro país, la jurisdicción médica, no solamente está relacionada concretamente con el cuerpo, sino que también es todo un campo de normalización de dinámicas económicas, sociales y culturales; pensemos por ejemplo en todas las instituciones, los oficios, la normatividad y el dinero que genera el hecho de tener que conservar una ciudad limpia, un orden salubre y una inspección permanente frente al peligro de lo que generaría la enfermedad, bien sea ésta de tipo mental, física o material.

Las ciencias de la salud, nacieron para estar al cuidado y vigilancia de todos estos nuevos oficios que generó el nuevo régimen moderno: la somatocracia. La ciencia médica moderna es, precisamente, el estamento policivo de este nuevo régimen.

La segunda preocupación fundamental del cuerpo, la Plástica, la podemos entender como aquella que se inició en los albores de la Modernidad cuando la cultura del siglo XVII pensó en la división mente – cuerpo (Descartes). Ese cuerpo que nació separado de todas las concepciones metafísicas, vaciado de todo tipo de espiritualidad y renunciante a cualquier tipo de misterio - porque tanto de la metafísica como de la espiritualidad no se puede estar certero- entró en la escena de la cultura moderna, de la cultura burguesa, siendo representado por la lógica mecanicista.

El lenguaje matemático y la lógica mecanicista envolvieron ese cuerpo que estaba naciendo. Lo separó y lo limpió de toda posibilidad fantasmagórica, y lo diseñó de tal forma que pudiéramos saber todas y cada uno de los detalles de su funcionamiento. Lo redujo a un objeto cognoscible, manipulable, manejable, dócil, es decir, plástico.

Con respecto al dolor y el sufrimiento desde esta perspectiva que estamos trabajando, es considerable haber llegado a este punto de la comprensión del cuerpo que maneja la ciencia médica moderna. Si llegamos a uno de los matices de la representación simbólica del cuerpo moderno entendido entre las fronteras de la belleza y la plástica, entonces podemos empezar a analizar la afirmación de que para el mundo contemporáneo, el dolor es un sentimiento inhumano y el sufrimiento tiene que ser evitable a costa de ciencia y tecnología.

Con todo lo anterior, amplíemos la afirmación de que el dolor es un sentimiento inhumano para la estética del cuerpo contemporáneo. Por un lado, esa belleza en términos de salud, de limpieza, de higiene, queda manchada por así decir, al momento de irrumpir la gestualidad grotesca del dolor. Pero de otro lado, el orden, atributo de esa concepción de belleza burguesa, queda alterado en los términos en que los individuos que padecen de un dolor suspenden su funcionalidad y por tanto, alteran el orden de lo social.

No hay que olvidar pues, aparte de lo que hemos mencionado de la ciudad moderna, que estas sociedades son primordialmente de la ocupación, del trabajo y la labor. Y una de las características que definen este tipo de sociedades es el hecho de que los cuerpos están normalizados para el trabajo y la funcionalidad; y que la funcionalidad de ese cuerpo no solamente está relacionada con el laborar sino también con la predeterminación del descanso o la vacancia del cuerpo.

El tiempo funcional del cuerpo de estas sociedades es el tiempo del cuerpo produciendo (laborando o trabajando) o, el tiempo de ese cuerpo consumiendo – bien sea ese consumo en el descanso, en la recreación-. Por el contrario el sentimiento del dolor implica una dedicación de tiempo que es considerado perdido para estas sociedades. En el lapso de tiempo que se dedica al dolor, ni se produce, ni se consume. El dolor, es una abstracción ante la funcionalidad, demasiado peligrosa para la sociedad.

Ante los peligros que pueda tener el orden establecido, el poder se defiende. Y una de las maneras en que se defiende el poder, es construyendo enfermedades, miedos, cegueras. Por ejemplo el miedo frente al dolor.

Soportar el dolor no solamente no es estético, hace parte de la enfermedad como síntoma sino que también es salvaje, cruel. Aquel que lo padece lo hace por ignorancia, por descuido, por pobreza, por masoquismo o por falta de sofisticación y uso racional de la tecnología. Pero ni que decir de la estrategia utilizada por la ciencia y la medicina moderna, para combatir el dolor; ésta, resultó una de las empresas más productivas. La empresa del fármaco ha llegado a límites insospechados. En la actualidad, los fármacos arrojan ganancias tan o más rentables que la guerra, los narcóticos y el tráfico sexual.

Nos encontramos pues, ante una ciencia que maneja el cuerpo por intermedio de una tecnología farmacéutica que determina por anticipado hasta dónde llega el dolor, ya que dependiendo del dinero que tenga la persona se decide quién padece el dolor y con qué intensidad.

Con lo anterior, es dable preguntar en consideración a la afirmación de que para la ciencia médica moderna el *dolor es inhumano* ¿quién(es) o qué instancia o, si se quiere, qué campo de pensamiento, está decidiendo en la actualidad, sobre qué es lo humano y qué es inhumano? ¿bajo qué parámetros, bajo qué criterios se está estableciendo tal frontera? Estos interrogantes, desbordan los límites de este artículo, sin embargo los hago, porque las construcciones que hacen todas las sociedades de sus propias enfermedades, las formas de curarlas y los miedos a los que se enfrentan, se hacen en las nuestras no solamente para la autorregulación moral de la sociedad (como se ha hecho originariamente) sino también para sacar provecho, dinero y robustecer el poder de las empresas que se dedican supuestamente al cuidado y salud del cuerpo.

Ahora bien, ¿Cómo está combatiendo la medicina moderna el dolor? La ciencia médica invierte miles de millones de dólares en investigación para encontrar la cura al dolor. El campo de estudio de estas investigaciones en su gran mayoría son los fármacos. El ideal desde la medicina moderna es encontrar un medicamento que cada vez sea más eficaz y más rápido para desvanecer el dolor en el cuerpo humano. La meta entonces es el desvanecimiento, el olvido.

A pesar de los resultados eficaces que arroja la investigación médica sobre los fármacos como parte del tratamiento de la enfermedad y el dolor, es dable contar parte de las consecuencias que está produciendo en el cuerpo humano la práctica de la fármaco - dependencia. Los fármacos no solamente comportan las contraindicaciones que afectan el cuerpo si no se siguen al pie de la letra, también enferman y alteran metabolismos, se siga o no sus instrucciones. Al parecer, están modificando la estructura del ecosistema humano.

Con todo lo dicho hasta ahora, considero que necesitamos darle paso a la perspectiva política que quiere dejar sentado otro punto nodal, frente a la argumentación sobre el dolor y el sufrimiento.

Por ahora, es dable remarcar que la ciencia médica moderna se diferencia en principio, de las prácticas médicas tradicionales de occidente y, por supuesto, de otros saberes de curación que tiene otras culturas, en los términos en que: 1) su saber descansa en el principio racional que invoca la ciencia y en el cual fundamenta su verdad; 2) en la representación de un cuerpo que comporta una lógica mecanicista (una parte del cuerpo es intercambiable y mutable por otra, no existe una visión holística del cuerpo) y, 3) en que gran parte de su saber curativo, es delegado en los resultados que las investigaciones arrojan constantemente, sobre fármacos y plusvalías tecnológicas.

Perspectiva política

Hemos resaltado entre otras cosas, que el nacimiento de la ciencia médica moderna está íntimamente relacionado con la formación y representación de lo que hemos reconocido como cuerpo moderno. Este cuerpo moderno ha estado alimentado no solamente por el discurso hedonista que discurre en nuestro mundo contemporáneo, sino que también ha estado enaltecido, en el iceberg de la verdad desde el cuidado, el bienestar, la salud, la higiene, la belleza, la impecabilidad, de la cual son guardianes, todos aquellos que se hacen cargo de lo que se denominó ciencias de la salud.

Sabemos también que la eficacia de la ciencia médica, hace muy difícil construir el argumento que cuestione

sus prácticas. La ciencia y la tecnología médica han prolongado la expectativa de vida y, se han realizado cosas inimaginables en cualquier otra época; se le ha dado alternativas a los cuerpos limitados físicamente por alguna mutilación. Tales alternativas van desde la construcción de prótesis computarizadas hasta programas con inteligencia artificial, que permiten renovar en parte la vida funcional y útil de quien padece alguna limitación.

Son estos y otros ejemplos de hechos concretos, los que día a día construyen criterios en las personas acerca del lugar de la verdad con respecto a la organización de la vida. Esta eficacia de la tecnología, de la ciencia, hace cada vez más invisible el dispositivo que nos sumerge en una sola forma de concebir el mundo, en un solo orden, en una sola forma de ser, en una sola forma de vivir nuestro cuerpo y en una sola forma de curarlo.

Tal vez por ello es importante no olvidar y, si así fuera, es necesario recordar, sobre qué cimientos descansan gran parte de los avances tecnológicos y científicos que fortalecen tal dispositivo. Para el caso de la medicina moderna, ella, debe en gran parte su posicionamiento y autoridad a los avances tecnológicos. Estos avances fueron desarrollados, en su mayoría, gracias a la experimentación sin límites que el nacional – socialismo pudo hacer sobre humanos durante toda la segunda guerra mundial.

Gran parte de los «descubrimientos» y avances en la ingeniería tecnológica celular y genética se debe a esta clase de experimentación. Me atrevería a decir que el proyecto del genoma humano, está montado sobre miseria y tortura ocasionada a otros seres humanos, pero sobre todo, está montado en un pensamiento que ronda el mundo como fantasma y que parásita, inclusive, de una gran parte de nuestras ideas más nobles de humanidad, me refiero al fascismo.

El fantasma del fascismo está más cerca de lo que quisiéramos; puede estar, en una de nuestras prácticas médicas; puede cobrar un rostro cuando de cuidados de higiene o de limpieza se trata, y ni que decir cuando se increpa el cuerpo del otro como ese que es pobre, sucio, huele mal, es ignorante porque es irracional y es hasta salvaje. El fascismo, desafortunadamente, también

se convierte en miradas y son esas miradas las que no se asoman amorosamente a la diferencia, sino que censuran al Otro construyéndole una red de prejuicios, que lo inmovilizan para hacerlo ver y ser de una sola forma ante el mundo.

El fascismo, ese fantasma, nos cambia la coordenada del amor, por el código de la corrección y el odio y, en una actitud de desdén frente al «Otro», pretende blanquear los cuerpos, aburguesar las acciones para convertirlas en comportamientos, y cambiar la condición humana para el porvenir.

Con esto último que se afirma quiero reseñar la aparición de un movimiento: *El Transhumanismo*. Su modificación de declaratoria tiene fecha del 1 de diciembre de 2002. Pero el Transhumanismo cuenta ya con dos décadas. Este movimiento hace la claridad de no hacer parte de ningún movimiento político y se atribuyen el derecho de formular una declaratoria de interés mundial en donde promulgan que *la humanidad será cambiada radicalmente por la tecnología en el futuro*.

Recogiendo algunos apartes de la declaratoria, tenemos:

- Buscamos el crecimiento personal más allá de nuestras limitaciones biológicas actuales.
- Prevemos la viabilidad de reajustar la condición humana, incluyendo los parámetros tales como evitar el envejecimiento, prolongar la vida, combatir las limitaciones de los intelectos humanos con inteligencias artificiales.
- Se abrogan el derecho de utilizar la tecnología para ampliar capacidades mentales y físicas y, para mejorar, el control sobre vidas humanas y ello incluye, el aspecto y la forma de reproducción

Uno de los caballos de batalla del Transhumanismo, precisamente, es el dolor y el sufrimiento. Su empresa es abolir por entero estos sentimientos. Consideran que es necesario hacer uso de la tecnología para procurar la calidad de vida, entendida ésta como la entera disponibilidad del cuerpo para disfrutar de los placeres. Por tal motivo trabajan día y noche, bajo la tutela de millones de dólares y el amparo de unas cuantas universidades

prestigiosas mundialmente, para prolongar la vida sin la incomodidad del envejecimiento; para prevenir el dolor físico a través de la información que le da un chip al cerebro sobre alguna anomalía presentada en algún órgano, inclusive antes que el dolor se inicie.

Pero además, entre otros proyectos que viene adelantando los Transhumanistas, también están desarrollando las distintas posibilidades de manipulación morfológica sobre la reproducción humana, no vaya a ser que esos cuerpos que los Transhumanistas imaginan y recrean desde la perfección hedonista, se vean estropeados con alguna «imperfección de fabrica», una malformación congénita o lo que sería igual de grave, no vaya a salir ese nuevo ser humano perpetuando una «raza» que por anticipado y con argumentos de verdad fundamentados en la tecnología y en la ciencia, se haya decidido que simplemente, no es humana.

Ahora bien, de este tipo de empresas de la construcción del super – hombre o raza superior ya hemos tenido experiencias. No solamente con la historia europea y el desencadenamiento de la segunda Guerra Mundial y, la exacerbación del nacional – socialismo, sino también, con la historia latinoamericana que contiene toda una serie de matices y sofisticaciones de las prácticas de colonización. Esas prácticas nacidas del miedo del encuentro con lo Otro y devenido con traje fascista, siguen haciendo daño. Laceran la posibilidad de construcción de identidades propias y la conservación de culturas con sabidurías milenarias.

Pero digamos más sobre los Transhumanistas. También están haciendo sus grandes inversiones en lo que se denomina hoy, la *nanotecnología* y es la tecnología más avanzada en biotecnología, consistente en producir drogas cuya eficacia frente al dolor es de carácter inmediato y que no solamente están relacionados con los fármacos que comúnmente conocemos, sino que son fármacos tecnológicos (chips, memorias digitales microscópicas que nos dan información acerca del funcionamiento de los órganos, previendo cualquier tipo de anomalía que produjera dolor).

La industria farmacéutica por supuesto, es la más interesada en hacer este tipo de inversiones ya que el

mercado que se abre, estaría al orden del día, de lo que ellos quisieran imponer: condiciones de compra; valor comercial etc. Esto sugeriría que sus intereses no solo se generan desde esas «ideas nobles» de combatir el dolor y el sufrimiento sino que sus intereses se causan desde lo concreto que son el dólar y el poder.

Por supuesto este movimiento del Transhumanismo ha tenido críticas a nivel mundial. Los que increpan estas críticas son denominados por los Transhumanistas como los bioconservadores. Son médicos, filósofos, teóricos, escritores, políticos, cineastas, músicos, cantantes, que manifiestan sus temores frente a este movimiento. Las críticas son disímiles. Por un lado, existen bioconservadores que hacen la crítica desde las consecuencias sociales y políticas que tendría el hecho de que sólo algunos pocos privilegiados tendrían al alcance este tipo de tecnología. Esta crítica no ve con malos ojos, por decirlo así, los proyectos que se amparan en el Transhumanismo. El cuestionamiento no es con respecto a la posibilidad de transformar la humanidad con la tecnología del futuro.

Pero existe otra corriente de crítica. En una de sus declaratorias se lee: *«La preocupación, que se ha expresado, es con respecto a que estas tecnologías pueden minar nuestra dignidad humana o erosionar inadvertidamente algo que es profundamente valioso sobre el ser humano pero que es difícil de poner en palabras o poner como factor de análisis en los términos de costes y beneficios»*

¿Qué es eso profundamente valioso que se puede erosionar inadvertidamente y qué es difícil de expresar en palabras? ¿Qué tipo de argumento están utilizando estos bioconservadores frente a los principios del Transhumanismo?

Si lo pensamos desde los objetivos éticos construidos con argumentos lógicos y desde un solo tipo de racionalidad entonces, leeríamos que la búsqueda de este movimiento es tan noble como lo es, la búsqueda de la felicidad del ser humano, la entrega de posibilidades que las personas manejen sus emociones, e incursionar inclusive, en unas nuevas. De hecho, el Transhumanismo no nos debería extrañar. Sus fundamentos éticos son la

traducción de los objetivos de la ciencia moderna: la búsqueda del cuerpo perfecto, de la inmortalidad de la humanidad y de la supresión total del dolor y el sufrimiento. En resumen, la búsqueda de la perfección humana.

Ahora, parece ser que los argumentos del Transhumanismo son completamente lógicos en el marco de comprensión de un tipo de racionalidad. La pregunta que cabría hacer se escribe como ¿Es posible tomar distancia de estas fronteras éticas aparentemente incuestionables, sin parecer un reactivo apocalíptico de la Edad Media a quien le produce miedo el cambio?. Creo que es posible y de hecho los bioconservadores están haciendo su trabajo de crítica desde el fundamento de la esencia humana. Es, precisamente a ese fundamento, que se quiere sumar este artículo, señalando un espiral de la esencia humana desde el sentimiento del dolor y la dimensión del sufrimiento.

Perspectiva filosófica

En el presente escrito se ha tratado de advertir que la ciencia médica moderna ha sido, en gran parte, la encargada de construir y sostener toda una simbólica del cuerpo moderno.

Esta construcción simbólica del cuerpo se elaboró culturalmente desde los roles sociales y económicos de las sociedades modernas. Este cuerpo es fruto de las dinámicas del control, de la disciplina, de la administración, de la capitalización y mercantilización de nuestras sociedades, como lo quise mostrar desde la perspectiva médica y la perspectiva política.

Ahora bien, esta construcción del cuerpo ha necesitado un campo de legitimidad, que le da el poder de decidir, de controlar, de administrar y capitalizar ese cuerpo. Y ha sido la ciencia médica moderna la que ha venido estableciendo ese campo de legitimidad.

Dentro de ese campo de legitimidad que sostiene la construcción simbólica del cuerpo moderno, discurren códigos, nociones, conceptos, gramáticas, semánticas. Podemos identificar los códigos, nociones o conceptos de ese campo, por ejemplo, desde la figuración del cuerpo que maneja la ciencia médica moderna, desde la forma

en que se hacen los diagnósticos y que deciden sobre la qué es enfermedad y qué es salud para ese cuerpo. Pero también, esos códigos, esas nociones de ese campo podemos identificarlos desde la manera como se concibe el dolor.

Ante este tipo de argumentos es posible contra – argumentar que no hay nada más «real» que el dolor, que no es solamente una concepción. Pero lo mismo podríamos decir de la construcción del cuerpo, pues el cuerpo es visto, sentido, olido por nuestros sentidos... al parecer es lo más concreto. Frente a esto, preguntamos: ¿acaso el cuerpo puede ser y tener otra forma? ¿Cuestionarnos sobre la realidad del cuerpo y el dolor, no es acaso perder el sentido de lo real? ¿Le dejamos esas elucubraciones a las «locuras» filosóficas?

Pero es precisamente la práctica médica la que más sabe sobre estos interrogantes, porque los vive a diario. No hay nada más misterioso que el cuerpo. No hay nada más misterioso que el dolor. Pensar en el cuerpo y en el dolor, es el camino más corto hacía lo metafísico, inclusive, hacía lo místico. Pero ese misterio, eso incierto y fantasmal que nace de lo aparentemente más certero, produce miedo. Y la respuesta del hombre, en la gran mayoría de los casos, frente al miedo, es la búsqueda de una explicación o lo que es lo mismo, la construcción de una realidad.

La medicina por ejemplo ha resuelto ese miedo, construyendo la realidad del dolor como síntoma y como tal el dolor puede ser, por un lado, una herramienta para el diagnóstico de la enfermedad y, de otro, en términos de su ausencia, es tomado como parte de mejoría y/o prueba de curación.

Desde esta simbólica, que en la actualidad no solamente se legitima con la medicina sino también con todas nuestras prácticas hedonistas contemporáneas que condenan el dolor, no nos es dada la oportunidad de avizorar otras posibilidades para concebirlo, para enfrentarlo.

De hecho vemos con una lejanía desdeñable algunas prácticas culturales occidentales y no occidentales, que muestran el dolor como posibilidad de trascendencia y comprensión del cuerpo y de la vida misma. Desde nuestras

semánticas, desde nuestras gramáticas, nombramos lo anormal que nos puede parecer los actos de esos hombres y mujeres que viven el dolor para enfrentarlo y asumirlo, no para desaparecerlo, adormecerlo ni olvidarlo. Ante nuestros ojos, ante nuestros lentes culturales, ellos son salvajes, excéntricos, distintos, extraños, apenas dignos de mostrar a la sociedad del espectáculo. ¿Será posible, entonces, que podamos aprender algo del dolor, más allá de su espectáculo?

Recordemos que en la introducción de este trabajo, se señaló al dolor como otro más de los sentires del ser humano. Si el dolor es un sentir, como el amor, la tristeza o la melancolía, entonces, no es solamente el aspecto fisiológico el que vendría al caso cuando se trata de pensar el dolor. Tampoco sería el dolor, la mera lectura del síntoma que hace la medicina, sino que habría que redefinir el dolor como aquella experiencia que elabora conciencias del cuerpo con respecto así mismo y con respecto a lo que no es ese sí mismo.

Fijémonos que el dolor es entre los otros sentimientos, el más íntimo. Tiene una relación de vista y tacto con el cuerpo como no lo tiene ningún otro sentimiento. Que le duela la cabeza a alguien, por ejemplo, o la cintura o, inclusive que exista una laceración de piel, una herida, permite una localización de lo que siente a la vista y al tacto tanto del que lo padece como el que lo atiende. Y es precisamente, íntimo, porque el que lo padece, el que siente dolor, lo puede aprehender como suyo, estableciendo una relación con él desde la identidad y el reconocimiento del cuerpo mismo.

Ahora bien, también se ha sugerido desde el principio de este escrito, que los sentires como el dolor, el amor, la tristeza, entre otros, nos diferencia de los demás en la medida en que estos no son sentidos de la misma manera por más de un ser humano. Esta diferencia del sentir está ligada a las maneras como fueron sentidos esos sentimientos, es decir, al tejido de la historia que los acompaña

Por ejemplo para el caso del amor, el sentimiento y la particularidad de ese sentir en un ser humano de manera irrepetible, depende de cómo fue vivido ese amor. Vivencia que no es igual a ninguna otra, ni siquiera por quien es compartido el sentimiento para el caso de los

amantes. Cada uno de ellos tiene un relato de la historia de amor, cada uno de ellos, (amante – amado) vive y recuerda de manera distinta.

Esa diferencia del sentir, hace parte de las herramientas que dispone la vida para construir identidad. Lo que se siente y lo que se expresa de ese sentir nos configura como humanos. Y lo hemos dicho para el caso del amor, pero no es distinto para el sentimiento del dolor. El dolor como los otros sentimientos nos permiten construir identidad, nos permiten fundar, determinando, el sí mismo.

Con lo anterior, es dable recalcar otra afirmación que hacíamos desde el inicio con respecto al sufrimiento. Decíamos, que mientras el sentimiento del dolor es igual a cualquier otro sentimiento como el amor, la tristeza, el placer, la melancolía, el sufrimiento no es otra cosa que la dimensión en donde se recrean todos esos sentires. Así por ejemplo, podemos afirmar que, el amor se sufre, la angustia se sufre, la felicidad se sufre, la tristeza se sufre, el dolor y el placer se sufren.

Sufrimiento en este sentido quiero que lo comprendamos como ese llevar con nosotros. Digámoslo de la siguiente manera: los sentimientos de amor, dolor, tristeza, placer, son llevados por nosotros; con nosotros va una historia de esos sentimientos que nos definen, como ya lo dijimos, en la diferencia. Ese llevar con, ese cargar con una historia, es lo que sugiero que entendamos como sufrimiento. Pues sufrir no es otra cosa que llevar una historia que es, nosotros mismos, una historia que es nuestra propia identidad.

En el diccionario del castellano sufrimiento se relaciona con sentir, con consentimiento, con recibir, con sostener. Con ello espero que gracias a la argumentación y los significados de la palabra hasta ahora dichos, se le conceda al presente escrito, que el sufrimiento, entonces, es una dimensión en donde se dinamizan los sentires. Porque si el sufrimiento es aquello que se siente, que se con – siente y, es el amor, la tristeza y el dolor entre otros los sentimientos sentidos, entonces, es dable afirmar que

estos sentimientos llevan su historia, la cual, se sostiene, se recibe, se aguanta, en otras palabras, se sufre.

Es dable ya decir que esta es una de las maneras en como aprende el ser humano. También, claro está, a través de las prácticas educativas que buscan ejercitar la inteligencia práctica y teórica. Pero es la *experiencia* con los sentimientos, aquel escenario pedagógico del cual la cultura hegemónica en la cual nos hemos criado casi no habla.

Los sentimientos o, son analizados o, son academizados o, son adormecidos, como con el asunto del dolor, para la cultura que nos vio nacer. Ya hemos visto que desde la práctica y la perspectiva científicista, el dolor es medicado, es narcotizado, se hace hasta lo imposible para que sea olvidado. Y tal vez con ello, estamos perdiendo una posibilidad de encontrar las maneras de definir una identidad, marcar una diferencia, contar una historia y ejercitarnos en el control del sí mismo, o para decirlo con otras palabras, reorientar la mismidad de nuestra propia cultura.

Muchos discursos se han construido acerca de las necesidades de pensar distinto, de tratar de liberarnos del pensamiento hegemónico. Pero tal vez muy pocos han puesto en práctica esta invitación. Seducirnos para pensar de otra forma, para inventar otro mundo posible, está íntimamente relacionado con sentir de otra manera. No solamente hacerle frente al dolor, no solamente no huir de las dimensiones del sufrimiento con prácticas hedonistas sino también, con respecto al amor, aquel sentimiento que habría que rescatar de las garras de lo superfluo y liberarlo de las nimiedades de amor como posesión.

Para terminar me gustaría decir, que hacer el intento de resignificar la forma en que vemos estos sentimientos y el sufrimiento, no sugiere, en lo más mínimo, algún tipo de justificación de los abusos del poder que el hombre hace para con el otro. La miseria del mundo, las torturas a lo humano, no quedan disculpadas con el hecho de afirmar que el dolor y el sufrimiento nos hacen humanos y son parte de la forma en que nosotros aprendemos.

